

SARAH PARCAK

LA ARQUEOLOGÍA



DESDE EL ESPACIO

Una forma revolucionaria
de acercarnos a nuestro pasado

Ariel

Sarah Parcak

La arqueología desde el espacio

Una forma revolucionaria de acercarnos
a nuestro pasado

Traducción de Beatriz Ruiz Jara

Ariel

Título original: *Archaeology from Space*

Primera edición: marzo de 2021

© 2019, Sarah Parcak
© 2021, Beatriz Ruiz Jara, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3328-1
Depósito legal: B. 2.821-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

<i>Introducción</i>	13
1. La cápsula del tiempo	23
2. La arqueología espacial	47
3. La promesa de la arqueología espacial	73
4. Un asunto arriesgado	103
5. Excavando en el lugar equivocado	131
6. Un viaje formidable	153
7. Los imperios caen	179
8. Un descubrimiento capital	209
9. El futuro del pasado	237
10. El desafío	265
11. Patrimonio robado	285
12. Arqueología espacial para todos	309
<i>Agradecimientos</i>	329
<i>Notas</i>	337
<i>Índice alfabético</i>	395

La cápsula del tiempo

Nada me había preparado para el momento en que vi por primera vez unas ruinas antiguas. Iba de viaje a El Cairo, una tarde de 1999. Ya fuera casualidad o divina providencia, me senté en el lado izquierdo del avión, mirando por la ventana mientras la nave volaba a baja altura sobre las pirámides de Guiza. Me quedé sin aliento, pasmada. Todo aquello con lo que había soñado estaba ante mí en forma de una piedra caliza dorada y erosionada de 4.500 años de antigüedad, bañada por el sol, que me invitaba a descender —y a entrar— durante el resto de mi vida. A día de hoy, después de muchas visitas a Guiza, ir a las pirámides todavía me provoca una sacudida por todo el cuerpo. Como egiptóloga, comprendo el planteamiento actual acerca de cómo y cuándo y por qué los antiguos egipcios, con un número estimado de 20.000 hombres, construyeron esas tumbas para los grandes reyes de la Dinastía IV. Pero el hecho de tener un conocimiento profundo sobre el tema no ha de atenuar mi capacidad de asombro.

Había hecho aquel viaje a Egipto para participar en mi primera excavación. Durante las dos semanas anteriores al inicio de la misma estuve viajando por Egipto por mi cuenta. (Me dan ganas de mirar a mi yo de 20 años y preguntarle: «Pero ¿cómo se te ocurre?».) Fue una gran aventura. Además de otros muchos sucesos maravillosos, conocí a un grupo de ancianos turistas taiwaneses en la isla de Filé, en Asuán, y me invitaron a su crucero de lujo por el Nilo durante cuatro días. El guía del grupo solo me cobró 200 dólares por el viaje entero; me dije-

ron que sería una embajadora arqueológica. El mayor esfuerzo que tuve que hacer fue enseñarles la Macarena a unas cuantas abuelas en una discoteca temática que era un batiburrillo entre clásico y *art déco*.

Por muy extravagantemente mágica que pueda ser la arqueología, con frecuencia mi trabajo me lleva a lugares alejados de esas glamurosas cumbres. Excavo en busca de respuestas ancestrales, en lugares que no parecen gran cosa: un transeúnte cualquiera quizá no se haga cargo de que el moderno campo de fútbol que hay al lado de la escuela podría albergar descubrimientos dignos de acaparar titulares a escala mundial. Pero, aunque el yacimiento no esté tan gloriosamente intacto como las pirámides de Guiza, mi trabajo es recrear con palabras o maquetas lo que el tiempo ha destruido casi por completo.

No hay ningún yacimiento antiguo que sea típico, ni siquiera en un mismo país, y el grado de conservación varía de un lugar a otro. A solo 20 kilómetros de Guiza, se pueden ver unas imponentes colinas deformes de adobe, los interiores descompuestos de pirámides construidas mucho más tarde y que han sucumbido más rápido a los estragos del tiempo y el expolio. Igualmente, los yacimientos arqueológicos pueden tener tamaños muy dispares, y ser enormes asentamientos o bien minúsculos campamentos en el desierto.

Detengámonos un momento a afinar la definición de yacimiento. Paseando por los bosques de Alabama, sobre todo en los alrededores de lagos o arroyos, se pueden encontrar racimos de puntas de flechas u otras herramientas de piedra. Cada uno de esos conjuntos se considera un yacimiento.¹ Lo mismo sucede si sales a caminar por los desiertos del suroeste de Estados Unidos. Te puedes topar con un amplio yacimiento sin cartografiar, como podrían ser los restos de un edificio o incluso una aldea; pero lo más probable será que te encuentres algunos pedazos dispersos de cerámica, utensilios de piedra o los restos de un pequeño campamento.

Aquello que una vez existió nos sugiere, entre otras cosas, que la promesa de nuestra futura desaparición es ya perfectamente patente. La palabra *ruina* connota destrucción y remite a algo negativo más que a algo normal o inevitable. En árabe, en cambio, mi palabra favorita es *athar*. Se puede interpretar ampliamente como «arqueología». Los lingüistas dirán que es más acertado traducirla como «remanente», lo que hace alusión a los restos de una cultura antigua que remiten a una integridad oculta. Cuando dices «*Ana doctora athar farony*» («Soy doctora en arqueología del antiguo Egipto»), la gente entiende que tu profesión es la de egiptóloga. Por lo tanto, los arqueólogos son «restologistas», porque tratan con fragmentos de cerámica, trozos de amuletos y cualquier texto jeroglífico, todo ello a la espera de ser entretejido.

El caso de Palmira, la gran ciudad multicultural siria situada en el filo de la antigua división entre Oriente y Occidente, ha suscitado una moderna confrontación en torno a las distintas interpretaciones de la palabra *ruina*. En 2015, el Estado Islámico de Irak y el Levante, o EIIL, hizo volar por los aires el templo de Bel, así como una elegante serie de columnas en Palmira. El EIIL transformó un recinto destinado a conciertos y pícnic para los turistas en un lugar de pesadilla, al celebrar ejecuciones en el anfiteatro romano, tan bien conservado, y exhibir ante las ruinas a sus víctimas asesinadas, entre las que se encuentra al gran arqueólogo de Palmira, el doctor Khaled Asaad.²

Entre la comunidad arqueológica se instaló un acalorado debate acerca de la reconstrucción del templo, utilizando fotografías de archivo a modo de guía. Algunos consideran que sería hermoso, y apropiado, volver a ver cómo recobra su esplendor ese glorioso yacimiento antiguo. Pero se da una complicación: Palmira estuvo sometida a muchas culturas distintas hasta alcanzar su momento álgido con la emperatriz Zenobia, cuyo reinado finalizó en el 272 d.C. El emperador romano Aureliano dio permiso a sus soldados para saquear la ciudad en

el 273 d. C. Más tarde, en el 1400, los timúridas volvieron a asolar la ciudad, dejándola reducida a un pequeño pueblo.³

Lo que observamos hoy en día en el yacimiento de Palmira es una compleja serie de capas de destrucción, los restos de las luchas globales por el poder y las cambiantes alianzas políticas (incluyendo la ocupación del EIIL). Algunos creen que reconstruir el templo de Bel sería como borrar la atrocidad del EIIL, en lugar de aceptar y rendir honores a perpetuidad al monumento despedazado para que no lo olvidemos.

Los yacimientos no son estáticos. Más bien se podrían equiparar a una película que surca el tiempo, en la que se alternan la construcción y la destrucción, algunas veces de forma simultánea. Si bien nosotros hacemos todo lo que está en nuestra mano por captar esas imágenes parcialmente veladas, los lugares existen en nuestra imaginación, como ideales o como ruinas, que evocamos cuando franqueamos por primera vez la zona liminar de un yacimiento. Nos enfrentamos al pasado y al presente, todo al mismo tiempo.

PROYECTAR UN ÚNICO FOTOGRAMA

Captar una instantánea de un momento exacto o incluso de un período temporal resulta difícil. Uno de los motivos es que en el mundo hay pocos ejemplos de ciudades antiguas bien conservadas. La más famosa es Pompeya, petrificada a consecuencia de una erupción volcánica. Cualquiera que estudie el pasado esboza una sonrisa viendo cómo los turistas se quedan mirando embobados los relieves de falos que hay en las inmediaciones de los prostíbulos de Pompeya.⁴ Da la sensación de que los pompeyanos de Roma y los mirones modernos tienen en común la misma reacción, con 2.000 años de diferencia.

Pero, incluso aquí, falta algo. O, mejor dicho, alguien; muchos «alguien».

Los yacimientos antiguos son ciudades fantasma. Si alguien procedente de la antigüedad casualmente anduviera por aquí..., echa a correr. Sin el sentido que les confieren sus habitantes, los

yacimientos se convierten en centros monumentales, carentes de actividad, por muy difícil que sea reconstruir las motivaciones y las aspiraciones de las comunidades que vivieron hace miles de años. El contexto de la cultura material que dejaron pasa a ser fundamental para que podamos obtener información acerca de su uso, su función y su propósito, y así poder llegar hasta las personas que hubo detrás de los objetos. Después de recopilar cuidadosamente las pruebas, estudiamos la relación que tiene cada una de las piezas con las demás y las exprimimos para extraerles hasta el último dato y gota de información.

Hay quienes creen que los yacimientos contienen ecos de sus antiguos habitantes. Sean cuales sean vuestras creencias, pensad en un lugar como Deir el Medina, el poblado del Reino Nuevo de Egipto en el que vivían los trabajadores que construyeron las tumbas del Valle de los Reyes.⁵ Hoy en día se puede ver toda la comunidad perfilada por muros de piedra caliza y mortero de barro que sobreviven hasta una altura de 1 metro o más. El yacimiento te incita a reflexionar acerca de lo que sucedió hace 3.500 años en las casas de dos plantas que se erigían a partir de esas huellas. Al quedar aisladas visualmente respecto a la cercana y fértil llanura aluvial del Nilo, da la sensación de estar recorriendo un lugar secreto y sagrado, el hogar de los grandes artesanos cuyo trabajo alimenta los fervientes sueños arqueológicos de la actualidad.

EN OCASIONES VEMOS MUERTOS

Los arqueólogos podemos hallar signos de vidas ancestrales si observamos con detenimiento las huellas dejadas en la cerámica, las marcas de cincel en la piedra y toda la belleza que exhiben objetos que se diseñaron para gente que vivió hace mucho tiempo.

Pero los cementerios, naturalmente, encarnan la mejor apuesta para encontrar los restos reales de esas personas. Suelen estar situados lejos de los espacios habitables, en algunas ocasiones en zonas específicas para los difuntos, próximos a

lugares sagrados; pensad en los camposantos que hay cerca de las iglesias.

Conocer a un ser humano auténtico a partir de sus huesos no es fácil: es la tarea especializada de los antropólogos físicos, que también responden al término (de resonancias más propias de la ciencia ficción) de *bioarqueólogos*. Los esqueletos contienen una información profusa acerca de nosotros. Si aparecen unos huesos en un estado de conservación lo bastante bueno y sabes qué buscar, normalmente puedes determinar el sexo del individuo, su altura, estado nutricional y edad aproximada, y algunas veces las enfermedades que sufría el difunto, además de cuál pudo ser la causa de su muerte. Hasta los dientes nos chivan cosas. Los ávidos seguidores de la dieta paleo difícilmente se mostrarían tan entusiastas del plan dental paleo, que incluía tratar las caries con instrumental de sílex.⁶

Además, a partir de la salud ósea general de los individuos, el contexto en el que se encuentran y cualquier ajuar funerario



Mapa que muestra la localización de Tell Tebilla.

Cortesía de Chase Childs.

asociado a ellos, los arqueólogos podemos inferir su estrato social. Un movimiento repetitivo durante toda una vida deja su marca, de modo que indica algo al arqueólogo y, algunas veces, revela una ocupación. En Tell Tebilla,⁷ un yacimiento ubicado a dos horas en coche al noreste de El Cairo, un equipo de excavación dirigido por mi marido, Gregory Mumford, se encontró con el caso de una destreza que cobró vida por medio de indicios arqueológicos.

Excavamos el sepulcro de una mujer que tenía unas inserciones musculares muy fuertes en el hombro izquierdo. Aquello podía haber sido un auténtico quebradero de cabeza, pero una pieza del Museo Metropolitano de Arte sugirió una causa.⁸ La imagen de madera tallada representaba a una mujer joven, con un colorido vestido de cuentas, portando sobre la cabeza una ofrenda que sujetaba con la mano izquierda. Al parecer nuestra señora de Tell Tebilla se había pasado la vida transportando pesadas cargas de ese modo, tal y como lo siguen haciendo las mujeres egipcias modernas, lo que acentuó los surcos de las inserciones musculares de su hiperdesarrollado bíceps izquierdo.

De vez en cuando nos encontramos con que los pobladores de la antigüedad sufrían problemas que normalmente se consideran propios de la modernidad. En el análisis de 22 momias en el Museo Egipto de El Cairo, los bioarqueólogos hallaron indicios de aterosclerosis, o endurecimiento de las arterias, en más de la mitad de los individuos. Lo más probable, por lo que se ve, es que esa gente comiera demasiada ternera.⁹

Recabando datos acerca de los muertos encontrados en yacimientos de un mismo período, y buscando patrones, obtenemos información sobre la población que nos permite deducir por qué sucedió algo en toda una civilización. Tal vez la enfermedad pilló desprevenida a esa sociedad y afectó a determinados grupos en concreto. O bien hubo una hambruna que los exterminó a todos. Demasiados esqueletos de hombres jóvenes, fuertes y sanos pueden incluso apuntar a una guerra.

Irónicamente, la edad en el momento de la muerte indica si la población es sana. Los antropólogos físicos dirán que en el

espectro de un cementerio esperan encontrarse representadas determinadas edades, y cuando las edades adultas tienden a ser demasiado cortas es porque algo significativo ha pasado para que se produzca ese elevado número de muertes entre jóvenes sanos en ese determinado momento.

Métodos como el análisis de ADN abren nuevas posibilidades para entender del pasado, como la reconstrucción de relaciones familiares a partir de los zarcillos entrelazados de nuestros ancestros. Un estudio reciente de las momias de dos supuestos hermanos nos ofrece un relato fascinante, digno de cualquier magacín de sobremesa. Las momias de Khnum-Nakht y Nakht-Ankh, que datan del Reino Medio, alrededor del 1800 a. C., tienen sarcófagos con sus rostros tallados de forma muy veraz. Residen en el Museo de Mánchester, en Inglaterra.¹⁰

Mediante el empleo de la secuenciación del ADN, los investigadores descubrieron que las momias pertenecían al haplogrupo mitocondrial M1a1, lo que demostraba que tenían la misma madre. Pero las diferencias en el cromosoma Y significaban que tenían distintos padres.¹¹ Se me plantean tantísimas preguntas. ¿Murió el padre del hermano mayor, dejando a la mujer en situación de volver a casarse? ¿A qué vicisitudes se enfrentó como madre viuda? Nunca lo sabremos, pero los datos nos ayudan a imaginar las posibilidades y nos permiten ser más empáticos.

MODOS DE APROXIMARNOS AL PASADO

Para reimaginar el pasado es necesario hacer un acto de fe, acompañado de una saludable dosis de ciencia. No podemos viajar atrás en el tiempo para ver a la gente fundiendo cobre o momificando a los muertos, pero podemos recrear las tecnologías del pasado mediante el uso de la arqueología experimental.¹² Esta nos permite reconstruir algunos elementos, como hornos, sobre la base de hallazgos arqueológicos y las fuentes de combustible asociadas a ellos, y fabricar réplicas de utensilios cotidianos, cerámicas y espadas.¹³ Los arqueólogos han llevado a cabo innumerables progresos al descubrir cómo y por

qué hacían las cosas los pueblos del pasado, aunque sigue siendo difícil recrear algunas técnicas, como las complejas incrustaciones de la joyería antigua.

Más éxito obtuvieron Kumar Akhilesh y Shanti Pappu, quienes observaron los residuos de la producción de herramientas líticas en el yacimiento de Attirampakkam, en el sur de la India. El yacimiento, datado del período achelense, hace entre 1,76 millones y 130.000 años, contenía pruebas de la producción de miles de herramientas líticas. El equipo utilizó la talla lítica experimental para aprender más acerca de las técnicas empleadas en la antigüedad, y el estudio contribuyó a una mejor comprensión de las decisiones que tomaban los pobladores del pasado respecto al abastecimiento de piedras y los procesos de manufactura.¹⁴

Mis colegas egiptólogos han llegado a realizar momificaciones auténticas de animales que han muerto por causas naturales y también, para un programa de televisión, la de un hombre que se había ofrecido voluntario para el tratamiento antes de fallecer.¹⁵ Puede que cuando terminaran de rodar esa secuencia dijeran que lo habían dejado todo ¡atado y bien atado!

Otra área de estudio, la etnoarqueología,¹⁶ se centra en buscar el modo en que las culturas actuales enlazan con los grupos del pasado de su misma zona. Se dan diferencias evidentes entre los modernos talleres de cerámica del delta egipcio y los que se encuentran en los yacimientos antiguos; pero, cuando voy a visitarlos, me encuentro con alfareros encorvados sobre sus tornos, en la misma postura en que se los representa en las maquetas de los antiguos egipcios. Hoy en día los alfareros añaden paja o cascarillas a la arcilla para reforzarla de cara a la cocción, tal y como hacían los antiguos egipcios; si se miran con una lupa los bordes de los fragmentos de cerámica antigua, se ven claramente las huellas de las cascarillas.¹⁷

La arqueología cognitiva¹⁸ lleva el experimento aún más lejos, tratando de deconstruir las acciones y los pensamientos de los pobladores del pasado para saber cuál era su experiencia del mundo. Podemos obtener esta clase de información no solo mediante el estudio de los productos materiales y la arqui-

tectura de una cultura, sino a partir de su lengua y de los paisajes que los inspiraron.

No obstante, algunas veces nos llegan fortuitas remesas de pensamiento antiguo en forma de cartas y podemos imaginar a la persona garabateando unas palabras escogidas con sumo cuidado. Una de mis cartas favoritas data de entre 1.800 y 1.900 años atrás, y procede del yacimiento egipcio de Oxirrinco. En la carta, un muchacho, Theon, descarga toda su ira contra su padre por haberse marchado a Alejandría sin él. Theon le dice que no volverá a hablar con papá, y ni siquiera a comer, a no ser que reconsidere la decisión de llevarlo con él a la gran ciudad.¹⁹ Uno se lo puede imaginar refunfuñando y negándose a cenar (y colándose más tarde en la cocina). ¿Acaso no pone el grito en el cielo cualquier adolescente de hoy en día por quedar relegado de los asuntos de los mayores?

ABRIR EL FOCO

Pero, para superar el ámbito de las relaciones familiares y alcanzar el de las relaciones de un yacimiento con su entorno, necesitamos una perspectiva más amplia. Las imágenes espaciales de todo tipo pueden proporcionarnos estos datos. Aunque no podamos verlo todo con el aspecto que tuvo en su día, al menos sí podemos recopilar las pistas suficientes acerca de la antigua ubicación de ríos, canales, lagos, así como el tamaño aproximado de yacimientos, para poder llevar a cabo una reconstrucción medianamente aceptable. Los satélites y los datos aéreos solo pueden ver estas cosas, y seguirán requiriendo de comprobaciones sobre el terreno: desde el espacio podemos conjeturar, pero no podemos saber qué hay detrás de los píxeles.

Hay gente que encuentra inesperadamente cosas en lugares inesperados, demostrándonos lo poco que sabemos. En 2004 Abdullah al Saeed, director de un grupo de arqueólogos aficionados, descubrió unas enigmáticas estructuras en los campos de lava del oeste de Arabia.²⁰ No fue consciente de la extensión y la magnitud de estas puertas —una nueva clase de yacimiento

arqueológico— hasta pasados cuatro años, cuando accedió a las imágenes de satélite de alta definición disponibles en Google Earth y Bing.

Al Saeed envió las imágenes a David Kennedy, de la Universidad de Australia Occidental, famoso por sus reconocimientos arqueológicos aéreos en Jordania. Entonces Kennedy localizó 400 de estas estructuras de hasta 500 metros de longitud, algunas de las cuales podían tener más de 7.000 años de antigüedad. Esta concentración de estructuras de piedra podía indicar un diseño paisajístico a gran escala durante un período más húmedo, tal vez un desvío de las aguas o un sistema de gestión de las crecidas. Se han planificado estudios a pie del terreno para poder explorarlos más a fondo, pero esta anécdota demuestra cómo pueden abrirse nuevos capítulos en zonas que a día de hoy se consideran inhóspitas o inhabitables, y todo gracias a que una única estructura intrigó a unos ciudadanos particulares que se interesaron por ella.

Este descubrimiento nos cuenta una historia de interacción entre el humano y el paisaje muy extendida a lo largo de los tiempos; pero la reconstrucción de un único episodio importante en la historia de la humanidad solo se puede acometer con una advertencia. *Érase una vez* son las palabras que se ocultan detrás de todo informe arqueológico. La mayoría de nosotros tiene verdaderas dificultades a la hora de reconstruir lo que pasó la semana pasada en su propia vida, pero los arqueólogos deben tratar de reconstruir lapsos enteros de vida antigua. Estamos continuamente corrigiendo los engranajes de nuestra narrativa, adaptando nuestras epopeyas para las últimas publicaciones y las conferencias de los congresos más recientes; es como hacer juegos malabares entre la ciencia y la ficción.

ÉRASE UNA VEZ...

He aquí una historia, pues, inspirada en un sorprendente descubrimiento desde el espacio en Tell Tebilla. Recoge el principio del fin del Egipto faraónico, hace más de 2.000 años.

Corría el año 343 a. C. Un ansioso rey persa llamado Artajerjes III navegaba por un afluente del Nilo en dirección suroeste. Sus lecciones de historia debieron de haberle enseñado que estas tierras fueron en su día una ciénaga, donde había densos pantanos repletos de cocodrilos que impedían a los extranjeros entrar en el país. Ahora, un amplio acceso fluvial se abría entre las islas de juncos, despejándole el paso y llevándolo directamente hasta una ciudad conocida como «la hermosa boca», o Ro-nefer, en la lengua local.

Artajerjes comandaba una galera de 40 metros de eslora con 200 hombres a bordo, flanqueada por una flota que transportaba a su ejército, ávido de batallas y de rapiña. Esta ciudad no los decepcionaría. Los espías les habían hablado de sus tesoros: oro e incienso de Nubia, lapislázuli de Afganistán y lujosos vinos de las islas griegas; al fin y al cabo, se trataba del puerto comercial más al norte de todo Egipto.²¹

Las casas de tres plantas de los acaudalados mercaderes, llenas a rebosar, aparecieron al otro lado de los cañaverales a medida que el barco rodeaba un meandro. Y en el corazón de la ciudad se erigía la enorme muralla fortificada de un templo. Artajerjes llevaba su estrategia lo bastante bien estudiada para saber que arrasar ese templo (derribar los muros y destruir a sus ídolos) quebrantaría el ánimo de sus ciudadanos. Sus hombres remararon en silencio por entre la bruma matutina, y tal vez el rey se concedió una leve sonrisa. Ro-nefer no pasaría de aquella mañana.

Hoy, Tell Tebilla ofrece el aspecto de un montículo pardo que se alza abruptamente entre los arrozales de color verde neón. Cuando te acercas al yacimiento en coche, el único rastro de su antigüedad es una pequeña agrupación de sarcófagos, de piedra caliza de corte grueso, situado cerca del borde de una planta de tratamiento de aguas clausurada, construida en ladrillo rosa. Alrededor del yacimiento se encuentra ahora la aldea de Et-Till, que alberga a un millar de almas rurales; nada que ver con la antigua ciudad cosmopolita que hay bajo sus pies. Hace unos 200 años, el montículo medía 1 × 1 kilómetros. Ahora se ha quedado en una décima parte. Con el tiempo, los granjeros han

ido llevándose la mayor parte de ese suelo rico en fósforo, llamado *sebah*, para utilizarlo como fertilizante.

Los trabajos arqueológicos se iniciaron en Tebilla a principios de la década de 1900, cuando unos arqueólogos franceses hallaron estatuas de escribas sentados que databan de en torno al 600 a.C.²² A finales de los noventa, el entonces Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto atrajo la atención de mi marido, Greg, hacia el yacimiento, al mencionar él su interés por iniciar una misión de excavación independiente.²³ En casi 100 años no se había publicado ningún trabajo al respecto.

EXCAVANDO LA HERMOSA BOCA

Nuestros estudios preliminares confirmaron el emplazamiento de un templo sobre la base de los fragmentos arquitectónicos hallados en torno a la planta de tratamiento de aguas. Construidas por la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional con el ánimo de luchar contra el consumo de agua no potable, estas plantas se pueden encontrar por todo Egipto superpuestas a yacimientos y a menudo su presencia transformó montículos en objetos de un desarrollo más profundo, incluyendo la construcción de escuelas. Esta desafortunada ubicación causó cuantiosas pérdidas a la investigación de la arqueología urbana.

La construcción de la planta de tratamiento de aguas había destruido los cimientos del templo y no podíamos sino deducir el aspecto que debió de tener hace tanto tiempo. Nuestros objetivos a la hora de investigar el yacimiento incluían cartografiarlo y averiguar algo acerca de la ciudad antigua de Ro-nefer y de sus habitantes.

Bautizado en honor a la capital de la región, Mendes, el ramal mendesiano del Nilo, a unos 40 kilómetros al suroeste, discurría antiguamente junto al yacimiento, pero en la superficie no apareció ningún indicio que pudiera aportarnos más datos. Para iniciar los trabajos, extrajimos muestras del sitio y los alrededores, para hacernos una idea del tamaño que llegó a tener y

de la antigua ubicación del curso del río. Nuestro geoarqueólogo, o especialista en geología, un vigoroso pillín de pelo gris y barba llamado Larry Pavlish, se encargó del muestreo y la magnetometría para desvelar los cimientos de adobe de los edificios que quedaban bajo tierra.

Extraer muestras es como aplicar un descorazonador de manzanas a un pastel laminado: se hace rotar hacia el interior una estrecha barrena cilíndrica, lo que permite a los arqueólogos ver los estratos de tierra sin necesidad de excavar. Es simple, pero es una forma de arqueología mínimamente invasiva muy valiosa. La magnetometría es una tecnología un poco más sofisticada. Al pasar un magnetómetro portátil por la superficie de un yacimiento, se leen las diferencias en las propiedades magnéticas de los muros u otros elementos enterrados, lo que permite hacer un esbozo de la forma que hay bajo el suelo. Ambas técnicas ayudan a focalizar el lugar en el que hay que excavar.

Una vez que Larry generó un mapa detallado de la parte más elevada del montículo —el *tell*, en árabe—, seleccionamos las zonas clave de excavación.

Formábamos un equipo al estilo de las Naciones Unidas de lo más variopinto, con miembros procedentes de Canadá, Estados Unidos, Reino Unido y Egipto. Nos alojábamos cerca de El Mansura, una ciudad preciosa, conocida por sus paseos junto al río y sus hermosas mujeres. El Hotel Marshal fue nuestro hogar lejos de casa y la fuente del helado de leche de búfala con mango que anhelábamos después de pasarnos el día bajo un sol de justicia. Sus huéspedes se quedaban de una pieza al vernos cruzar el vestíbulo como una manada con nuestra mugrienta ropa de excavar y, en una ocasión, cargando con un retrete de madera construido expresamente para la letrina que teníamos *in situ*, con su soporte antiguo para el papel higiénico y todo.

Para combatir el calor del día, nos levantábamos a las cuatro y media de la madrugada y desayunábamos tranquilamente en el vestíbulo café instantáneo y galletas, maldiciéndonos por haber decidido dedicarnos a la arqueología. Es una hora muy intempestiva para estar conscientes, pero es de rigor para aque-

llos que trabajamos en Oriente Medio durante los meses de verano. Para el traslado diario, dos Peugeot de los años sesenta —uno de ellos con el depósito de propano al aire en la parte trasera— nos servían para movernos por el delta del Nilo. A las seis ya estábamos en el yacimiento, subíamos a lo alto del *tell* en los coches para captar el primer destello rosa abriéndose paso entre la bruma matutina. La sección local del equipo se reunía con nosotros y nos estrechaba la mano, decididamente más despiertos que nosotros.

Aquel verano trabajamos duro para disipar el mito, largamente asentado, de que los yacimientos del delta, al estar más húmedos que los del Alto Egipto, contienen unos materiales orgánicos de conservación más pobres. Todo egiptólogo sabe que, en comparación, los yacimientos ubicados en el desierto —tan seco que nada se descompone— lo tienen todo. Bueno, eso no es del todo cierto.

En un área de excavación profundizamos hasta más de 7 metros, dejando al descubierto una casa de tres pisos de 2.600 años de antigüedad que había sido reutilizada como mausoleo por los egipcios de épocas posteriores. Un precario descenso por dos tramos de escaleras de mano, de 4 metros de longitud cada una, nos llevó hasta el fondo; el testimonio de 500 años de ocupación y abandono se fue extendiendo sobre nuestro papel milimetrado a medida que trazábamos el plano de la sección de tierra.

¡Y qué hallazgos! El yacimiento contenía cerámica griega del Mediterráneo, cornalina del desierto arábigo de Egipto, lapislázuli de Afganistán y oro de Nubia; todo ello manifestaba la presencia de un floreciente puerto internacional. Basándonos en los datos del muestreo y de las recreaciones del paisaje, supimos que en la antigüedad Tebilla quedaba rodeada de agua a lo largo de nueve meses al año; esto, junto con su emplazamiento a orillas del lago Manzala, la convertía en un punto privilegiado para la importación y exportación de mercancías de lujo locales y extranjeras.

Sería atípico que una ciudad portuaria del Período Tardío de Egipto no tuviera un opulento templo con una poderosa clase

sacerdotal. Se trata de una era de la que oímos hablar muy poco por la tele o en las declaraciones arqueológicas más importantes; pero si lo que buscáis son ejemplos antiguos de lugares cosmopolitas y diversos que sean un reflejo de los tiempos modernos, el Período Tardío es una buena época para empezar. Las artes y la tecnología florecieron, hubo innovaciones en el uso del hierro, la caballería y los trirremes, y una nueva forma de escritura egipcia: el demótico. Aparecieron numerosos templos nuevos por todo Egipto, entre ellos el templo de Tebilla.

UN POCO DE CONTEXTO HISTÓRICO

Un breve paseo por la historia nos ayuda a adquirir cierta perspectiva sobre todo esto: tras la expansión internacional acaecida durante el Reino Nuevo y el ascenso del clero en el Tercer Período Intermedio (entre el 1069 y el 525 a. C.), el Período Tardío dio comienzo con una invasión libia por el oeste en el 945 a. C. Después, los nubios de la Dinastía XXV entraron por el sur entre el 760 y el 656 a. C.²⁴ Fundada en torno al 664 a. C., la Dinastía XXVI encarnó el último aliento del Egipto faraónico tal y como lo conocemos.

Psamético, el primer mandatario de la Dinastía XXVI, esquivó la ocupación asiria empleando a mercenarios griegos, estabilizó el país y trasladó la capital a Sais, en el delta occidental, a tan solo 75 kilómetros de Tell Tebilla.²⁵

Durante un tiempo, Egipto gozó de estabilidad y alianzas con países extranjeros a lo ancho del Mediterráneo y África oriental.²⁶ Pero en el terreno de la diplomacia internacional, el Período Tardío acabó por aportar multitud de jugadores a la mesa de póquer y dejó a Egipto con una mano floja y el bote vacío.

En el 525 a. C., los persas tomaron el país. Egipto los expulsó en el 404 a. C. y se pasó los siguientes 60 años resistiendo una contraofensiva persa desde las bases del poder en el delta.²⁷

Aquello le vino bien a Tebilla. En el 398 a. C. la capital de Egipto fue trasladada de Sais a Mendes, la gran ciudad situada

al suroeste de Tebilla. Lo más probable es que Tebilla expandiera su influencia y su riqueza a lo largo de los siguientes 19 años, en los que Mendes asumió la capitalidad, y que los mercaderes acudieran en tropel a la ciudad para comerciar con el género que iba y venía por los imperios fluctuantes. Las riquezas del templo, sin duda, debieron de haber aumentado para cuando la capitalidad cambió una vez más al delta central. Cuatro dinastías más habían ido pasando, pero en Tebilla ¿a quién le importaba eso, mientras el puerto estuviera abarrotado de mercancías? No debían de saber qué fue lo que se les vino encima aquella brumosa mañana de hace unos 2.400 años.

LA CAÍDA DE TEBILLA

Heródoto llamó a Artajerjes III «un gran guerrero», y ciertamente era tenaz. Atacó Egipto una y otra vez, inicialmente como cabecilla del ejército y heredero al trono en el 359 a. C., y más tarde como rey de Persia, después de liquidar a 80 de sus colaboradores más queridos y cercanos para afianzar su control.²⁸

En el 343 a. C., cansado de que Egipto se resistiera a la derrota, Artajerjes hizo traer a más de 300.000 hombres. Entabló batalla con Nectanebo II, el último de los mandatarios autóctonos, y con su ejército por los ramales del Nilo en el delta.²⁹ Nectanebo huyó a Menfis, con el cayado y el mayal entre las piernas, abandonando a su suerte plazas y puertos fuertes como Tebilla.

La batalla no acabó bien para los habitantes de Tebilla. Un húmedo día de julio de 2003 nuestro equipo hizo un descubrimiento que resumía en sí mismo la victoria de Artajerjes; un descubrimiento que fue posible gracias a unas fotografías tomadas desde el espacio hacía 40 años.

Procedían de un programa secreto de Estados Unidos instigado por la Guerra Fría. El programa CORONA recopiló miles de imágenes de países en los años sesenta y principios de los setenta, congelándolos en un tiempo anterior a los cambios

del paisaje a gran escala que ocasionaron la construcción de presas, la urbanización, los incrementos de población y el cambio climático. Por suerte, las cámaras apuntaban a los yacimientos registrados del norte de África y Oriente Medio que en la actualidad están dañados o han dejado de existir, y que tanto podían enseñarnos acerca de la arqueología de la desaparición de Egipto.

Cuando revisé las imágenes que había tomado el CORONA de Tebilla en 1972, aparecieron las esquinas de una gran estructura rectilínea en las zonas centro norte y centro sur del yacimiento. ¿Sería eso la muralla del templo que esperábamos encontrar?³⁰

Con el levantamiento de magnetometría y las excavaciones relacionadas nos habíamos hecho una idea del trazado de la ciudad,³¹ pero menos fácil nos iba a resultar localizar el contorno de la muralla sobre el terreno. Normalmente, los especialistas en teledetección tomamos imágenes aéreas para georreferenciarlas, lo que significa que vinculamos las fotografías con imágenes de satélite actualizadas y le asignamos a cada píxel



Imagen del CORONA en la muralla del templo de Tell Tebilla.
Cortesía del Servicio Geológico de Estados Unidos.

una coordenada x y sobre el mapa. Se necesitan un mínimo de seis puntos reconocibles y fijos en la fotografía aérea para que este procedimiento funcione. Las imágenes más antiguas, más pequeñas y analógicas se pueden estirar para hacerlas encajar con las imágenes modernas y lograr ese mismo efecto de chinchetas en el mapa. Este proceso —y esto no lo digo yo— se llama «rectificación basada en triángulos» o *rubber sheeting*.

Pero la georreferenciación de imágenes antiguas es una labor imprecisa cuando se da la circunstancia de que la mayor parte del paisaje moderno ha cambiado. Pese a intentarlo con la imagen de 1972 del CORONA, sencillamente no había suficientes elementos que encajaran, probablemente a causa de la distorsión que se generaba al deformar las imágenes. Era imposible localizar la muralla sobre el terreno a partir de esa única imagen.

Los trabajos preliminares de magnetometría cubrían varias cuadrículas de 20×20 metros, donde se señalaban construcciones arquitectónicas de adobe bajo tierra. Pero estos datos tampoco mostraban un recinto grande. Sabíamos que las murallas del templo medirían varios metros de ancho y más de 100 metros de largo. Localizarlo en el mes de excavaciones que nos quedaba por delante se nos presentó de repente como un gran reto.

A Greg se le ocurrió una idea brillante: raspar 10 centímetros de la superficie del yacimiento para llegar hasta la parte más alta del nivel de adobe enterrado bajo el sedimento. Pero raspar el yacimiento entero nos habría llevado semanas. En lugar de eso, en los puntos en los que las imágenes daban una localización aproximada de la muralla sobre el túmulo, trazó sobre el terreno una cuadrícula de sectores de 10×10 metros. Entonces raspamos una pequeña ventana entre cada uno de ellos. Era como sondear entre baldosas para ver qué había debajo, en lugar de levantar el patio entero.

Emergieron esbozos de las estructuras enterradas a determinados intervalos. La muralla del complejo de un templo debería manifestarse en la forma de un adobe sólido, sin brechas estructurales. Cuando llegamos a una zona que encajaba con



Fotografía de la muralla excavada en Tell Tebilla.

Cortesía de la autora.

esta descripción, sencillamente seguimos raspando hasta que encontramos dos cantos de muro, separados por unos 8 metros. ¡Ajá! Una enorme muralla de adobe por aquí, y encajaba con el espesor observado en las imágenes de satélite de CORONA. Bingo.

LO QUE VIERON LOS MUROS

Continuamos al menos 100 metros en dirección sur, hasta que nos topamos con un giro de 90 grados hacia el oeste. En los rincones de los edificios antiguos suceden toda clase de cosas interesantes (depósitos de fundación, material fechable), y no teníamos más alternativa que seguir bajando. Así que allá que nos fuimos.

El reparto de cada unidad de excavación entre los miembros del equipo es algo que siempre se echa a suertes. Esta en concreto me tocó a mí. Tracé una cuadrícula de una unidad de 2×2 metros en la esquina sureste y me puse a excavar el denso sedimento. Sorprendentemente, el sedimento no cambiaba de

consistencia ni de color a medida que avanzaba 10, 20, 30 centímetros. Tampoco contenía objetos ni cerámica.

Justo cuando estaba a punto de abandonar la unidad pensando que era una mala apuesta, me encontré con un extraño ladrillo rojo deteriorado. Y otro. Y otro. En lugar de formar parte de un muro, los ladrillos caían en pendiente en un pronunciado ángulo. A medida que iba surgiendo la estructura, me dio la impresión de que era como si alguien hubiera tirado un montón de ladrillos de adobe en la esquina y les hubiera prendido fuego.

Después de hacer el croquis y de cartografiar y fotografiar la unidad, empecé a retirar la capa de ladrillos. Pero el destello de oro me hizo parar en seco; el oro es más raro que un perro verde en el contexto de un asentamiento. Entonces apareció una pieza de bronce de 5 centímetros. A medida que mis obreros cribaban cada cubo de tierra, fue apareciendo más pan de oro adherido a algo que tenía el aspecto y el tacto del carbón. El goteo de objetos se transformó en el chorro de una manguera antiincendios: bronce, lapislázuli, abalorios y casi una cuarta parte de una bolsa de sándwich llena de pan de oro del tamiz. La quema y esta confusa mezcolanza de objetos preciosos, que alcanzaba una profundidad de 80 centímetros, tenían pasmado a todo el equipo.

Al otro lado del *tell*, donde teníamos la tienda para la fase de registro, a medida que limpiábamos los objetos para que Shakira Christodoulou, la documentadora gráfica de la excavación, pudiera dibujarlos, ella iba desentrañando su significado. Tras la tierra incrustada apareció un bronce bellamente moldeado (coronas de varios tipos, barbas trenzadas, cuernos de carnero), todo con espaldones, unas piezas salientes que permiten acoplarlos a estatuillas de madera.

Pero no a unas estatuillas cualesquiera: el pan de oro y el bronce era lo único que quedaba de unas figuras deíficas. Los dioses de Tebilla habían ardido en llamas. El oro era el cuerpo de los dioses y los símbolos de su poder se elaboraban de tal forma que durasen eternamente; más que representarlas, estas figuras encarnaban a las deidades. Los artesanos incrustaban

pedras semipreciosas en las cejas y los ojos para imbuirlos de vida. Cada día, los sacerdotes lavaban, ungián y vestían a las estatuas, algo que no difiere mucho de los rituales que rodean a las figuras de los templos de la India en la actualidad.

A nosotros nos cuesta mucho imaginar lo que debió de significar su destrucción para las gentes de Ro-nefer.

Cuando Artajerjes y sus soldados se levantaron en tropel desde los muelles del río para arrasar la ciudad, la destrucción del templo transmitía un mensaje terrible. Armados con brutales espadas cortas de hierro para atacar a los somnolientos civiles, los soldados reventaron las enormes puertas dobles del templo. Tal vez los sacerdotes que estaban de servicio trataran de enfrentarse a ellos o esconderse, pero sus propios muros se habían convertido ahora en una trampa. Los soldados arremetieron contra lo más sagrado de lo sagrado, situado bajo el enlosado del centro del templo, profundamente enterrado en su mismísimo corazón, donde encontraron a Osiris, a Amón y a otras deidades indefensas en el interior de sus santuarios.

Cuando se apoderaron de las estatuas, tal vez los soldados arrancasen piedras preciosas para quedárselas. Después huyeron y prendieron fuego a los dioses. Quizá cometieran su iconoclastia en lo alto de la muralla, a la vista de los ciudadanos, y dejaran caer los fragmentos: sabemos que antiguamente hubo alguien que arrojó por los suelos las estatuas, ya que descubrimos la zanja de los cimientos de la muralla justo por debajo del lugar del hallazgo. El fuego de la conflagración volvió rojos los ladrillos de adobe y los derribó encima de los restos, que quedaron cubiertos durante más de 2.000 años.

Lo que pudo suceder en el templo y en la ciudad quedó oculto bajo una ocupación posterior; la masacre de aquel día pasa de un fotograma de la película al siguiente. El templo no era solo un centro religioso, sino un motor económico, una máquina política y un objetivo impresionante, quizá tuviera muros de 10 metros de altura o más, si es que en algo se parecía a otros ejemplos hallados en Luxor. Su destrucción fue uno de los muchos derrocamientos similares que Artajerjes III llevó a cabo en su intento por hacerse con el control de Egipto.

UN RÍO QUE CONDENÓ A UNA CIUDAD

Los egipcios tendrían que haber estado más preparados para una invasión por vía fluvial. Pero llevaban demasiado tiempo creyéndose seguros.

La razón de ello la encontramos en los propios ritmos del río, de cuya crecida anual dependían. Cientos de kilómetros río arriba, las lluvias monzónicas provocaban la crecida del Nilo Azul y el Nilo Blanco, ocasionando el desbordamiento del Nilo propiamente dicho, que depositaba cada verano un limo rico y nutritivo en los campos a lo largo de varios meses. Egipto se convertía en una nación estado formada por islas, en las que sus ciudades y sus habitantes esperaban a que las aguas retrocedieran.

El Nilo depositaba un promedio anual de 1 milímetro de sedimento por toda la llanura aluvial —unos años más, otros años menos—, lo que añadía hasta 1 metro cada 1.000 años.³² Cerca de la antigua capital de Menfis, junto al vértice del delta, el río se dividía en siete ramales, con innumerables canales que desembocaban en el Mediterráneo. Aquí, el Nilo arrojaba cualquier sedimento que no se hubiera depositado a lo largo de la llanura aluvial, sumando masa terrestre poco a poco.

Con el tiempo, el pantanoso paisaje, prácticamente infranqueable, del delta oriental se volvió habitable, y pequeñas ciudades como Tebilla, pobladas desde los tiempos del Reino Antiguo, pudieron prosperar y crecer. Si las ciénagas hubieran permanecido, lo mismo hubiera sucedido con la impenetrabilidad de Egipto, y Artajerjes habría fracasado. Sin embargo, cuando el rey persa zarpó hacia Egipto, el país se había abierto al transporte fluvial. En última instancia, el tiempo y los limos, acumulándose imperceptiblemente, permitieron su conquista.

Esta historia termina donde comenzó: en el espacio. Hoy en día, si miramos el delta desde arriba, los satélites nos dicen que solo dos de los siete ramales del Nilo siguen ahí. Tell Tebilla se encuentra a más de 60 kilómetros del Mediterráneo tierra adentro, lo que hace que sea prácticamente imposible imagi-

nar el lugar a orillas de un enorme río que conectaba con el Mediterráneo. De hecho, queda muy poco de Tebilla, dado que cada año se pierde más y más por culpa del moderno pillaje y los saqueos. Hay muchos otros yacimientos en el delta que se enfrentan al mismo destino. Los primeros visitantes hablaban de que en el delta había túmulos extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista, como si fueran hormigueros. Ahora hay media hora o más de coche entre los *tell* que quedan.

La suerte nos sonrió cuando la historia registró la destrucción de Ro-nefer a manos de Artajerjes III y cuando las imágenes del CORONA detectaron una estructura importante en ese yacimiento que los datos de satélite posteriores ya no vieron. La excavación pudo añadir algo más a las piezas dispersas del puzle, aunque nuestros conocimientos acerca de la campaña de Artajerjes III siempre estarán envueltos en una bruma.

Con la destrucción de yacimientos en todo el mundo causada por los efectos del cambio climático y la urbanización, debemos preguntarnos cuántos puzles se han perdido por completo.

La buena noticia es que, gracias al amplísimo desarrollo de la tecnología de los satélites, se están haciendo descubrimientos a un ritmo más rápido, a lo largo de extensiones cada vez mayores y en lugares en los que nunca lo creímos posible. Ahí fuera hay miles de historias ocultas que nos hablan de cómo las civilizaciones del pasado medraron, se derrumbaron y después renacieron. Para saber más cosas sobre ellas, primero tenemos que indagar acerca de cómo nació esta disciplina.